

do, se había llegado a fuertes injurias, pero se volvía siempre a la fiel devoción para Su Majestad Imperial. El ataque llevado por Federico contra la vieja casa imperial no tenía precedentes; por eso sorprendió completamente a los austríacos. Que este rey prusiano se atreviera a echar por la borda la tradición y poseyera la fuerza sobrehumana de consolidar lo que había ganado con un rápido golpe de mano, resultaba una obra totalmente personal, que rebata más eficazmente que cualquier explicación filosófica, la falsa teoría del fatalismo en el curso de la historia de la humanidad.

Fué la obra de un genio, que está por encima de las leyes de la evolución normal, porque es distinto, puede más y quiere más que el promedio normal y con su voluntad dicta la ley a la evolución misma. La obra de un genio pues, imprimió también a la historia alemana la dirección en que se movió hasta hoy y habrá de moverse en adelante.

El estado prusiano ha introducido algo nuevo en la historia alemana, no sólo por el total desplazamiento del centro de gravedad del poder, originado por su engrandecimiento; él mismo es algo nuevo en su modo de ser. Es un estado militar.

Todos los estados alemanes mantenían entonces ejércitos permanentes; el de Prusia era solamente más grande y mejor que los demás, lo que no representaba aún una diferencia substancial. Una particularidad significativa de Prusia consistía en que su ejército estaba costado con los propios recursos del estado. Los demás se hacían pagar los gastos, totalmente o en parte, por alguna potencia extranjera, ya sea Francia, España, los Países Bajos o el emperador. Sin subsidios no podían existir. Hasta el Gran Elector y el primer rey de Prusia habían aceptado

subsidios, tanto más apreciados, cuanto más elevados. En Federico Guillermo I el amor propio le llevó a rehusar ese papel; no quería ser asalariado de nadie y comprometer con ello su independencia. Pero menos aún quería renunciar a sus soldados. Es notorio cómo esto pesó sobre las finanzas y sobre toda la administración pública. Se extrajo de las energías del estado el máximo, pero también se hizo todo lo necesario para aumentar esas energías; el duro fiscalismo público halló su contrapeso en una preocupación paternal del soberano como no se conoció en ningún otro país.

La forzosa necesidad de hacer economías, con el correr del tiempo, llevó a un nuevo procedimiento en la composición del ejército. Para disminuir el alto costo del enganche en el exterior, Federico Guillermo se decidió a reclutar una parte considerable de sus tropas en su propio país. En primer lugar se engancharon efectivos también en él, pero se fijaron a los oficiales reclutadores determinados distritos, en los que podían enrolar a sus hombres, y de ello nació con el tiempo un reclutamiento formal entre la población del país. Federico el Grande pudo conducir sus campañas, de larga duración, en su mayor parte con los propios hijos del país, que, aparte de otros méritos, se mostraron dignos de mayor confianza: no desertaban como los mercenarios extranjeros. Y esto era algo único en ese tiempo. Así se habían colocado los cimientos del servicio militar obligatorio general, que vino más tarde.

Resultó como consecuencia de esto, que en Prusia la población se identificó con el estado en forma muy distinta a la de cualquier otro país. Ello se demostró en la guerra de los siete años. La defensa heroica e inmovible, con que el rey sumió en la sorpresa y en la admiración al

mundo, fué posible solamente porque su pueblo estaba unido compactamente detrás de él, tan firme y fiel, que en su condado westfaliano de Ravensberg, se negaban a los desertores la confesión y la comunión y la entrada a la casa paterna. Por grande que fuera la necesidad, nunca hubo traición o defección; los súbditos dieron voluntaria y alegremente hasta lo último por su rey y —por primera vez se puede pronunciar aquí la palabra— por su patria. En efecto, volvía al fin a existir un estado alemán que, a los ojos de sus ciudadanos, mereciera el nombre de patria. Solamente en la Prusia del Gran Rey podía escribir el poeta Hippel: "Ser prusiano significa ser patriota".

Así se grabó desde un principio, en este estado, el sello que distingue su esencia de los demás y da a su existencia fundamento y dirección. Para ello se introdujo en los tiempos más recientes el término "militarismo" y se condenó a muerte al "militarismo prusiano", como un delito contra la nación, más aún, de lesa humanidad. Quien no se deje aturdir por sonoras frases hechas, sabe que la esencia del estado prusiano está muy lejos de explicación definitiva, si se indican con el dedo solamente la preferencia y la posición predominante que en él asumía el soldado.

El verdadero militarismo prusiano consistía en que cada individuo, grande o modesto, rico o pobre, con cuerpo y alma, con todos sus bienes, pertenecía al país, le servía, vivía con él y por él moría. Esto fué posible solamente en Prusia, donde el mismo rey daba el ejemplo, donde dos soberanos, uno tras otro, se consumieron formal y literalmente para engrandecer a su país —Federico Guillermo I murió joven por exceso de trabajo y Federico el Grande envejeció prematuramente—, donde el más grande de sus reyes se declaró el primer servidor del estado,

y su progenitor acostumbraba a rechazar embarazosos proyectos con esta pregunta: "¿Qué diría de esto el rey de Prusia?". En la antigüedad se habían conocido realmente tales estados; en los tiempos posteriores y en suelo alemán, Prusia fué el primer ejemplo de esta antigua modalidad espartano-romana, ejemplo que incitaba a su destrucción o imponía la imitación.

Por lo demás, no se puede afirmar que el nacimiento de la gran potencia prusiana hubiera influído, de inmediato, favorablemente en todas partes, respecto a la situación de Alemania dentro de Europa. Parcialmente ocurrió hasta lo contrario. La rivalidad permanente y la hostilidad más o menos abierta existente entre las dos cabezas del Reich, aumentó en primer lugar la influencia de las potencias extranjeras en los asuntos alemanes. Más que antes se volcó desde este momento sobre el Reich alemán, el ataque de los grupos políticos europeos, mediante su acción separatista y belicosa. El estallido de la guerra de los siete años, fué, notoriamente, la consecuencia de que Federico el Grande substituyera con el año nuevo de 1756 la alianza francesa por la inglesa, mientras Inglaterra se hallaba ya en guerra con Francia en la América del Norte. A la inversa, para asegurarse el apoyo francés y ruso, Austria entonces estuvo dispuesta a ceder Bélgica a Francia y la Prusia oriental a Rusia, y no fué culpa de ella si no se llevó a cabo el plan, que, entre sus más vastas consecuencias, hubiera producido, a lo menos como muy probable, la pérdida de la orilla izquierda del Rin.

Si los peligros en el oeste quedan en segundo plano durante este tiempo, se debió sólo al alejamiento de Francia de los intereses continentales y a su creciente debilidad interior. Mientras que este país se encamina lenta-

mente hacia la revolución y, por eso precisamente, se alivia la gravitación que incidía sobre el frente occidental de Alemania, crece en cada década la presión ejercida por Rusia en el este. El dualismo de las grandes fuerzas alemanas debía convertir a la gran potencia oriental en árbitro de los asuntos alemanes, por poco que su política supiera, de algún modo, aprovechar las oportunidades. Ya durante la guerra de los siete años se había revelado claramente este predominio ruso. Sin la participación militar de Rusia, esta guerra, que tal vez no hubiera estallado, hubiese terminado a lo sumo en dos años, con una victoria decisiva de Prusia, que se hubiera ensanchado con la Sajonia electoral o, por lo menos, con el territorio sajón de Lusacia. El retiro de Rusia de la guerra en 1762, sin exigir para sí una ventaja —desde 1758 poseía la Prusia oriental y el rey se había conformado ya con la idea de sacrificar esta provincia— trajo finalmente la decisión y, tal vez, salvó la existencia del estado prusiano.

Catalina II era toda una soberana para explotar estas circunstancias favorables. Hubiera sido una necesidad natural que las potencias alemanas se coaligaran para imponer un alto a la penetración rusa por cuanto no se dirigía solamente contra el Danubio inferior, los Balcanes y Constantinopla, donde debía cerrar a Austria, con el tiempo, la ruta de su natural expansión, sino también contra Polonia, donde llegaba hasta muy cerca de la frontera de Prusia, y amenazaba con el cierre del curso fluvial del Vístula, con la separación permanente de la Prusia oriental y, por último, también con su absorción. Si la incorporación de Polonia a Rusia se hubiera realizado entonces, cuando la Prusia occidental era todavía una provincia polaca, Danzig se hubiera perdido para siempre

y probablemente Koenigsberg. Estas ideas nos tocan de nuevo muy de cerca en la actualidad.

La misma amenaza de parte de Rusia, hubiera debido, en realidad, llevar a Prusia y Austria a la concordia. Pero su colaboración era imposible, porque en Viena no se quería o no se podía soportar la rivalidad prusiana. Surgió entre las dos potencias la carrera por el favor ruso. En el primer momento Federico tuvo mejor éxito. Pero solamente gracias a su maestría fué posible conseguir una ventaja considerable en esas condiciones. Mediante la idea de una repartición del territorio polaco entre los tres estados vecinos, salió al encuentro de la aspiración rusa de absorber a Polonia y tuvo así la suerte de conquistar en 1772 a la Prusia occidental. Aunque faltaba todavía la perla prusiana, la ciudad de Danzig —Federico tenía que enfrentarse aquí también con la oposición de Inglaterra, que no podía ver con buenos ojos, a causa de su comercio con Polonia, que el puerto polaco pasara a Prusia—, se había reparado en gran parte una grave pérdida de malos días precedentes y satisfecho una exigencia natural. La Prusia occidental seguía siendo siempre un país esencialmente alemán; la dominación polaca durante tres largos siglos nada había modificado en ella y la acción del estado prusiano hizo que volviera a ser pronto totalmente alemana y que, de un territorio pobre y decaído, se convirtiera en una región rica y floreciente. Sirviendo el estado prusiano a sus propias necesidades y realizando la unión territorial esperada durante tanto tiempo, servía simultáneamente a una de las finalidades más grandes de la nación alemana: volvía a reunir regiones perdidas. Los intereses de Prusia y de Alemania se identificaban.

La segunda vez no se obtuvo un éxito tan afortunado

ni siquiera por el genio de Federico. Y siete años después se manifestó la traba que la influencia rusa ponía a la política prusiana, aunque los dos países estaban aliados.

Austria, bajo la dirección del joven emperador José, trató de imitar el ejemplo de Prusia; quiso crecer también a expensas de los vecinos y apoderarse de trozos de Baviera. Federico se opuso a esta tentativa de desplazar el equilibrio. En la guerra de sucesión bávara (1778-1779) el anciano soberano desenvainó una vez más la espada. La "guerra de las patatas" se caracterizó con razón por su falta de resultados. Su débil y desordenada dirección de parte de Prusia, no puede discutirse, pero en cualquier caso debía ser infructuosa, porque Rusia hubiera impedido cualquier éxito considerable. Fué en realidad obra de Catalina, la paz de Teschen en 1779, que puso fin a la lucha y dejó a Austria con una mínima adquisición territorial de la herencia bávara y a Prusia sin la menor ventaja en la deslucida campaña. Ella misma la "negoció", es decir la impuso; por eso respondía también plenamente a los intereses de Rusia: mantener tal cual era el equilibrio entre las dos grandes potencias alemanas; impedir la cesación del dualismo en Alemania, que convertía a Rusia en árbitro de los asuntos alemanes y obligaba a ambos estados, Prusia y Austria, a buscar y comprar constantemente la alianza rusa.

La gran potencia prusiana fué creación enteramente personal de Federico el Grande. Eso implicaba, sin lugar a dudas, un factor de debilidad. La creación de un genio resulta siempre una carga para sus propios herederos. Lo que han producido fuerzas medianas puede ser mantenido también más fácilmente por hombres medianos. La obra del genio, precisamente porque no ha surgido por necesidad de la naturaleza de las cosas, requiere siempre,

para su conservación, sobre todo al principio, mayores capacidades y esfuerzos, hasta que la misma se haya convertido en naturaleza propia. Esto lo hemos experimentado nosotros mismos. También la obra de Bismarck corrió el peligro de perderse, porque los sucesores no poseían las fuerzas necesarias para conservar y elaborar la nueva creación.

Los sucesores de Federico el Grande, carecían totalmente de capacidad para afrontar esa tarea. Soberanos incapaces, difícilmente encuentran ministros hábiles y más si ellos mismos tienen el convencimiento de que entienden todo de la mejor manera y en todo caso deben obrar por sí mismos. Federico Guillermo II, un déspota ingenioso, pero caprichoso, amante del goce y libertino, sin conciencia del deber y de la responsabilidad, buscó también en la política, con preferencia, la satisfacción de su vanidad de príncipe. Su hijo Federico Guillermo III fué todo lo contrario, muy consciente de sus deberes, pero también, y mucho más, de su propia incapacidad. Por ese sentido de la enorme responsabilidad y de su propia debilidad, eludió lo decisivo cuando hubiera debido buscarlo; perdió todas las oportunidades y se dejó llevar a ese estado de violencia que precisamente había querido evitar y así fué cómo, veinte años después de la muerte de Federico el Grande, el estado prusiano se derrumbó, no bajo el peso de un destino inevitable, ni por sus deficiencias y sus errores internos —éstos existían en realidad, pero no como para producir una caída inmediata—, sino, en todo el sentido de la palabra, por culpa de sus jefes, tanto del soberano como de los hombres públicos, por su incapacidad, su debilidad, su negligencia.

En la obra "Pensamientos y Memorias", de Bismarck, que no pretende ser en general un libro sobre la historia

prusiano-germana, se halla un inciso (en el duodécimo capítulo de la primera parte) sobre la política prusiana del año 1790 y la Convención de Reichenbach. Más de un lector se habrá asombrado al ver que el gran estadista, ha creído que vale la pena detenerse con tanta atención ante un suceso aislado de una época ya muy antigua. Tal vez alguien habrá considerado esta digresión, casi como un signo de cierta falta de método en la concepción del libro. Ambas cosas serían seguramente erróneas. Los acontecimientos de 1790 poseen una gran trascendencia y un efecto permanente: determinaron por muy largos años el curso de los sucesos y su influencia fué anulada sólo más de dos generaciones después por el mismo Bismarck. Por cierto, su importancia no está en lo que entonces ocurrió y se hizo, sino por cuanto se omitió y se descuidó. Se perdió una ocasión como nunca más debía presentarse tan favorable, para continuar y cumplir la obra de Federico el Grande; se la dejó malograrse. El año 1790, por lo tanto, hace época en la historia alemana, ya que se abandonó en aquel entonces la política de Federico, la más natural y la única saludable para el estado prusiano.

Sólo con gran dificultad logró el anciano rey sostener en sus últimos años la posición alcanzada por él y por su país. La alianza rusa había perdido cada vez más su valor; José II sobrepujó a Prusia (1781) y, apoyado en esta importante circunstancia, comenzó la empresa de aumentar su propia influencia, su propio poder en Alemania. Austria debía ser engrandecida con la anexión de Baviera; el elector de Baviera debía ser desplazado a Bélgica. El emperador llevó a sus hermanos a las sedes principescas eclesiásticas; acrecentó con ello su influencia en el Reich y no tuvo a menos actuar nuevamente, frente a los estados territoriales menores, como legítimo emperador. Federico

el Grande trató de desbaratar esas aspiraciones reuniendo a los príncipes medianos y pequeños (en 1785) en la Liga de los Príncipes para la defensa de la Constitución del Reich. Por el momento logró su finalidad: José abandonó el proyecto acerca de Baviera. Pero Federico cerró los ojos al año siguiente.

Libre de la presión que la personalidad de Federico había ejercido, José se lanzó a las más grandes empresas. Aliado de Rusia, inicia la guerra contra Turquía, que debía ser destruída y los vencedores repartirse el botín (1788). Pero faltaron los triunfos militares; la guerra resultó cada vez más difícil; el poder austríaco quedó empuñado en luchas interminables y sus energías comenzaron a agotarse. Al mismo tiempo, a causa de las inhábiles reformas del emperador, estalló la rebelión en Bélgica en 1789 y Hungría amenazó con seguir el ejemplo. Cuando el emperador falleció el 20 de febrero de 1790, hondamente impresionado al reconocer "que todos sus proyectos habían fallado", Austria se encontró en grave apuro. También Rusia, su aliada, estaba retenida en el sur por la guerra y al mismo tiempo seriamente amenazada en el norte por un afortunado ataque de Suecia. En Polonia, se despertaba por última vez el espíritu de la independencia nacional; las reformas en la administración y en la enseñanza habían dejado aflorar los comienzos de una nueva conciencia, que tendía a la transformación del estado decaído. Se quería libertarse del protectorado ruso, eliminar la elección del rey y convertir en hereditaria la corona.

No podía presentarse oportunidad más brillante para Prusia. En ese entonces hubiera sido posible expulsar de Polonia a Rusia y de Alemania a Austria, y asumir la dirección. En los círculos de los príncipes norteños de Alemania, había disposición para coligarse permanente-